

Fortunata y el Príncipe de los Sapos



Texto e ilustraciones de Fernando Olavarría Gabler

Fernando Olavarría Gabler nace en Santiago de Chile el 5 de Abril de 1929. Estudia Medicina en la Universidad de Chile y se recibe de Médico Cirujano en 1955, dedicando más de cincuenta años a su profesión. Además de sus actividades médicas proyecta su capacidad creativa en el arte de la pintura y la literatura. Es autor de la serie de 44 cuentos infantiles “Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos” que acompaña con sus propias ilustraciones a color, y de la serie de 116 “Cuentos para entretener el Alma” también con ilustraciones propias. En 1987 es premiado en el Concurso Nacional de Poesía y Cuento Infantil. En 2007 publica, en formato e-book, la totalidad de sus cuentos en www.cuentosdefederico.com. Actualmente continúa escribiendo mágicas historias y pintando en la ciudad de Viña del Mar.

© Fernando Olavarría Gabler, año 2014.

“Fortunata y el Príncipe de los Sapos”

Registro de Propiedad Intelectual N° 37.100

ISBN 978-956-353-989-9

Texto e ilustraciones: Fernando Olavarría Gabler

Diseño de edición: Jaime Ibarra Arancibia

Traducción al inglés: Melanie Harrington

Impreso por ORGRAF IMPRESORES, Viña del Mar.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

*Fortunata
y el Príncipe de los Sapos*

Texto e ilustraciones de Fernando Olavarría Gabler

Fortunata era una niña que vivía con sus padres y sus hermanos en una casa cerca del mar.

Tenía trece años y por ser la hija mayor, su mamá le pedía constantemente que la ayudara en los quehaceres de la casa.

La niña cumplía con gusto todas estas labores, pero había llegado a la edad en que se estaba transformando en mujer. Su figura se espigaba y alargaba diariamente sin saber cuándo terminaría de crecer.

Esto la hacía sentirse sin fuerzas y no tenía deseos de estudiar ni de jugar y su pensamiento romántico volaba lejos, muy lejos, por encima de las nubes y montañas y llegaba a mundos fantásticos con reinos, palacios y princesas, siendo ella la más bonita y cotizada por el más apuesto de todos los príncipes creado por imaginación alguna.

-¡Fortunata! Ven a jugar con nosotros -le decían sus hermanos. Pero la niña ya no deseaba correr ni gritar.

Fortunata y el Príncipe de los sapos

-¡Fortunata! Acompáñeme a hacer algunas compras al pueblo -la invitaba su madre; pero la cansada niña buscaba algún pretexto para no ir, excusándose de que estaba atrasada en sus tareas y se iba a pasear solitaria por la playa pensando en el guapo príncipe de su imaginación.

Fortunata dormía en una buhardilla que habían arreglado especialmente para ella. Sus paredes estaban empapeladas con suaves colores y las ventanas adornadas con transparentes cortinas floreadas. Sin embargo, el lecho era un catre de bronce que sus padres habían hallado en el entretecho al comprar la casa y la niña al descubrirlo se había entusiasmado con él al verlo tan antiguo. Pensando que sus tatarabuelos dormían en ese camastro, ella deseó dormir también en él y ser de ese modo tan romántica como sus antepasados.

En realidad el catre de bronce era una verdadera pieza de museo, y una vez armado, limpio de polvo, reparado de algunas roturas y repuestas las

Fortunata y el Príncipe de los sapos

perillas que faltaban, lucía muy hermoso y resaltaba entre los femeninos adornos de la buhardilla.

Y es así como tenemos a nuestra fina y romántica Fortunata recostada sobre un lecho de seda y bronce antiguo, con las ventanas abiertas de su dormitorio, escuchando el suave murmullo de las olas en una noche de verano.

El cielo estaba negro y estrellado y la tenue luz del firmamento iluminaba el rostro de la niña y realzaba la belleza de sus ojos y su ondulante cabellera.

Abajo, se oían las voces de sus padres y de unos vecinos que habían sido invitados a cenar. Discutían en voz alta sobre negocios y política y Fortunata molesta con esa conversación, pensó que sería mejor ir a otra parte a soñar; ir a un lugar donde pudiera vagar con sus pensamientos sin ser interrumpida con temas que ella consideraba poco finos.

Pero, ¿A dónde ir? -Se preguntaba la niña.

¡Qué hermoso sería descansar en la playa, recostarse en la arena y conversar con las estrellas sobre temas de amor! Contarles que ella estaba enamorada de un príncipe y confesarles entre suspiros que aún no lo conocía. Adormecerse en sus brazos escuchando tiernas palabras sintiéndose arrullada por el murmullo de las olas. Quedarse dormida contemplando el horizonte. Más aún, quedarse dormida recostada en su catre de bronce al atardecer. Observar cómo el Sol se hunde lentamente en el mar, mientras las aves marinas vuelan en largas hileras hacia el norte y sentir el oleaje, rompiendo en suave espuma, pasar silenciosamente por debajo de su catre de bronce situado en la misma orilla de la playa.

Qué agradable sensación -pensó -que el mar corra por debajo mientras yo estoy cómodamente recostada, observando todo lo que sucede delante de mí.



Fortunata y el Príncipe de los sapos

Estaba en este mundo de fantasía cuando de improvviso se dio cuenta de que estaba realmente en la playa y las olas pasaban por debajo del catre de bronce. No sabía si estaba soñando o estaba despierta, pero sí estaba segura de que ella era ella misma, porque se sorprendió en un gesto que acostumbraba hacer cuando estaba distraída y era el de refregar los labios con el dedo índice mientras pensaba en cualquier cosa.

El Sol acababa de esconderse en el horizonte y el oleaje era cada vez más fuerte, lo que le provocó cierto temor. La niña decidió bajarse y correr hacia la casa, pero en esos instantes le llamó la atención numerosos destellos plateados que aparecían y desaparecían a su alrededor y con gran sorpresa constató que se trataba de enormes peces que saltaban y nadaban, a veces con gran dificultad por la poca altura del agua.

Eran hermosos salmones que brillaban a la luz de la noche.

¡Fortunata! ¡Fortunata! - gritaron -venimos a invitarte. Hoy es la gran

fiesta. La fiesta del rey de los peces coralíferos.

¿La fiesta de Neptuno? -preguntó ingenuamente la niña.

¡No! ¡No! Exclamaron los salmones. Esas son invenciones de los seres humanos. Esta fiesta es maravillosa por su colorido y elegancia. Estarán todos los genios del mar y también ¡el príncipe de los sapos!

Al oír estas últimas palabras, Fortunata se entusiasmó y le preguntó a sus amigos los salmones cómo podría ir ella a esa fiesta.

-No te preocupes -le dijeron los peces. Cuando suba la marea, nosotros empujaremos el catre de bronce como si fuera una barca y te llevaremos al reino de los peces coralíferos sin que muevas un dedo.

-¿Y no me ahogaré? -preguntó la niña asustada.

-¡No! ¡No! Respondieron los salmones. Hoy día es el día de San Pedro y cada cien años los seres humanos pueden visitar los abismos marinos sin ahogarse.

-Confía en nosotros y nada te pasará.

Fortunata, más tranquila con estas palabras, se dejó llevar por sus amigos salmones y el catre de bronce comenzó a deslizarse suavemente como una pequeña barca sobre el oleaje y se internó en el mar.

La niña aterrorizada por lo que sucedía a su alrededor, se escondió debajo de las sábanas esperando morir de un momento a otro. Pero pasaban los minutos y nada de eso sucedía. Entonces, sofocada, decidió asomarse para observar dónde estaba y con gran sorpresa constató que navegaba debajo del agua y a su alrededor nadaba un cardumen de salmones que seguía al catre de bronce en su silenciosa trayectoria.

El paisaje submarino era maravilloso pues lo rodeaban gigantescas algas, oscuros roquedales, extrañísimos crustáceos y peces de vistosos colores.

Así transcurrieron largas y silenciosas horas entre insondables abismos

y bosques de ondulantes algas, hasta que llegaron a un complicado laberinto que terminaba finalmente en un amplio valle de arena blanca en cuyo centro emergía un imponente palacio, jamás soñado ni imaginado por mortal alguno.

Las murallas estaban hechas de coral rosado y también las numerosas torres cuyos techos puntiagudos cubiertos de nácar con tejuelas de marfil, incrustaciones de perlas, ágatas y aguas marinas, semejaban joyas gigantescas que reflejaban la tenue y verdosa luz que llegaba desde arriba.

Era tan fascinante este espectáculo que Fortunata no pudo dejar de dar un grito de asombro, y más se asombró aún al poder constatar que había gritado debajo del agua y se había escuchado a sí misma.

El catre de bronce descendió lentamente, se detuvo en la arena y fue rodeado por los juguetones salmones que, con graciosos brincos y rápidos desplazamientos, invitaron a Fortunata a que bajara y se dirigiera hacia la

puerta principal del palacio.

A medida que la niña caminaba descalza sobre la blanca arena y se acercaba al palacio, los salmones iban desapareciendo y eran reemplazados por numerosos peces de las más variadas formas y coloridos, los cuales se acercaban amistosamente a saludar a Fortunata y la invitaban a entrar.

Las ventanas estaban abiertas y del interior de esta fantástica construcción de coral emergía una brillante luz que se expandía difusamente al exterior, dándole al edificio la apariencia de un farol submarino. Se oía una suave melodía que semejaba a algo parecido a una antigua danza.

La niña, hipnotizada por tanta magnificencia, entró con la boca abierta observando las altas murallas y no se dio cuenta de que a cada lado de ella había dos hileras de gigantescas langostas que levantaban sus antenas saludándola.

La niña, extasiada, caminó por debajo de ese túnel formado por las



antenas y llegó finalmente a un enorme trono situado al fondo de una gran sala donde estaba recostado nada menos que el rey de los peces coralíferos.

La corte que rodeaba al rey, era espectacular. Es imposible imaginarse tanta variedad de peces de colores tan exquisitamente combinados. Rarísimas especies nunca vistas por el hombre se desplazaban en armónicos movimientos, haciendo cambiar el colorido de sus escamas y aletas a cada instante ante los más mínimos estímulos. Los había grandes y chicos. Alegres y juguetones, y otros terroríficos de aspecto monstruoso. No cabía la menor duda de que algunos de ellos eran venenosos.

-Serán los guardianes del palacio del rey de los peces coralíferos -pensó Fortunata -y se puso muy contenta al percatarse de que se había aprendido la palabra “coralífero”, aunque no sabía bien si se refería a los peces que viven en los arrecifes de coral o si se trataba de peces que cantaban en un coro.

Comenzó el baile.

Fortunata y el Príncipe de los sapos

La música provenía -no de instrumentos musicales -sino de armoniosos sonidos que salían de gigantescos caracoles. También se oían otros ruidos más roncós y rítmicos que emitían algunos peces al hacer rechinar sus aletas pectorales.

Danzaban las almejas haciendo batir sus conchas.

Los pulpos y calamares llevaban el compás al revés, lo que provocaba una gran confusión entre las parejas danzantes a excepción de los cangrejos y camarones que consideraban que así se debería bailar, porque era más fino y elegante y también más complicado.

Los peces estaban en desacuerdo con esto de bailar hacia atrás y hacían graciosos movimientos con sus armoniosos cuerpos desplegando las aletas como ondulantes abanicos y rodeaban a las pececillas con una ostentación de la más fina cortesía.

El rey de los peces coralíferos en una magnificencia digna de un



Fortunata y el Príncipe de los sapos

emperador oriental, estaba recostado en un trono, cuyo respaldo era un enorme ostión nacarado que refulgía a los rayos luminosos y hacía resaltar los adornos de perlas y piedras preciosas que recubrían su base.

El rey invitó a la reina a bailar y toda la corte marina se replegó hacia los muros de coral de la gran sala de baile para dejar espacio a la real pareja.

Salió de los peces músicos y caracolas una lenta pero alegre melodía y el rey, desplegando todas sus aletas las hizo vibrar e inició la danza con un majestuoso paso de polca acuática que entusiasmó a toda la concurrencia. Del cuerpo resplandeciente del monarca aparecieron hermosos lunares negros y sus escamas tornasol cambiaban de color según la melodía.

La reina -una pececilla tímida y de colores mucho más suaves que el rey -bailaba a pequeños trechos y sonreía dulcemente como lo saben hacer las pececillas debajo del agua.

Fortunata observaba este baile tan singular con gran curiosidad ya que,

los diferentes pasos de la polca no se hacían tocando el blanco y arenoso suelo, sino los hacían como si estuvieran suspendidos en el aire y era admirable ver cómo en los compases más alegres, ambos peces llegaban a gran altura y casi tocaban las enormes lámparas de anémonas fosforescentes que colgaban del cielo de la sala de baile.

El rey, fatigado en esos instantes, tragaba abundante agua que salía por las agitadas agallas y, levantando nerviosamente la cola, hizo una señal al maestro de ceremonias para que la corte continuase bailando.

La fiesta siguió con redoblada alegría y cada cual bailaba por su cuenta en locos aleteos, compases, giros, saltos, esquivos y arremetidas y la sala se llenó de bailarines hasta muy arriba, transformándose todo aquello en un loco cardumen de diferentes especies con los más fantásticos colores, formas y tamaño.

¡En realidad todos estaban muy contentos!



Fortunata y el Príncipe de los sapos

En medio de este gran bullicio, se asomó por un ventanal de lapislázuli un negro personaje. Su cabeza era redonda y la cara aplanada. Con sus dos enormes ojos miró con curiosidad el interior del palacio.

Cuando vio a Fortunata, se introdujo a la sala de baile. Era un gigantesco sapo. Sus largas patas terminadas en pies con aletas lo hacían avanzar al igual que los sapos en los estanques.

Su piel era lustrosa y en el dorso esta piel se replegaba formando algo parecido a una gruesa cresta. Del cinto pendía una corta daga.

Al llegar frente a la niña, la saludó ceremoniosamente y se presentó:

-¡Soy el príncipe de los sapos! -exclamó -y te invito a bailar.

Fortunata, una vez repuesta del miedo que le causó este extraño príncipe, pensó que a pesar de estar frente a una figura tan grotesca, era la que más se asemejaba a un ser humano en esta fiesta submarina y sonriendo aceptó la invitación, pero de pronto se acordó de que no sabía bailar

suspendida en el agua como bailan los peces.

-¡No importa! -le dijo el príncipe de los sapos. Al parecer había adivinado su pensamiento.

-Cógete de mi mano y saldremos por la ventana.

Fortunata se tomó de la resbalosa mano del sapo y ambos salieron nadando por la gran ventana y se perdieron en el majestuoso parque de algas marinas dejando atrás el palacio y su alegre fiesta.

Nadaron silenciosamente por maravillosos jardines y sobre rocas gigantescas que parecían enormes fortalezas. También entre bancos de arena luminosa y ondulantes plantas acuáticas que daban al paisaje una majestuosidad imponente.

Pasaron por sobre tenebrosos abismos que se perdían en la profundidad de las aguas y a los cuales no llegaba la difusa luz azul verdosa desde arriba.

Finalmente llegaron a unas límpidas aguas en cuyo fondo arenoso



reposaba un viejo velero. Sus mudos cañones de bronce cubiertos de algas y los mástiles rotos hacían recordar pasadas gestas heroicas.

-¡Qué hermoso lugar es éste! -exclamó la niña.

El mar también tiene ruinas históricas, comentó el sapo. Lo que ves es un antiguo barco de guerra, donde valientes marinos dieron su vida por defender a su patria.

Es un lugar muy romántico -pensó Fortunata- y por esa razón el sapo me ha traído hasta aquí.

-Haz de saber -dijo el sapo -que yo fui un ser humano como tú y es por eso que me he enamorado de ti cuando te divisé desde la ventana. ¿Algún día serás mi esposa?

La niña pensó que el sapo estaba diciendo una broma, pero sus burlones ojos azules se veían menos saltones y al parecer hablaba con mucha seriedad.

Fortunata y el Príncipe de los sapos

Fortunata no supo qué decir, pensó que ella era muy joven aún y que sus padres no la dejarían casarse con un sapo negro que vivía debajo del agua, pero, para no contradecir a su amable compañero, le respondió que a lo mejor, cuando tuviera veinte años se casaría con él.

Como esa conversación la angustiaba decidió cambiar de tema y le preguntó si él era un príncipe encantado que lo habían convertido en sapo.

-Nada de eso -respondió el sapo.

Habrás comprendido que no soy un sapo verde o amarillo.

Me convertí en sapo negro porque me gustaba mucho nadar. Poco a poco se me fue oscureciendo la piel, me salieron membranas en los pies y pude estar cada vez más tiempo debajo del agua. Descubrí maravillosos paisajes y llegó el día en que ya no me agradaba el Sol ni el canto de los pajarillos ni el ladrido de los perros, sino este silencioso mundo submarino.

Comprendí que los peces eran más hermosos y elegantes que las

gallinas y que los ruidos de las calles de las ciudades eran francamente insoportables.

La tranquilidad que encuentras aquí, es maravillosa -dijo el sapo -pero volvamos ya, que tus amigos te están echando de menos. Amanece y la fiesta está por terminar.

La luz de arriba era más intensa y la música en el palacio había terminado.

Algunos peces dormían inmóviles en la arena y otros bostezaban como bostezan los peces.

Las ostras y mejillones habían cerrado herméticamente sus conchas y los cangrejos, camarones y otros crustáceos se habían escondido en las grietas de las rocas.

El rey dormía recostado en su trono con los ojos abiertos y el hermoso colorido de sus escamas se había transformado en un tenue violeta pálido.

Fortunata y el Príncipe de los sapos

-¡Fortunata! -¿Dónde te habías metido? -exclamaron molestos los salmones. Vamos pronto. Es muy tarde ya. El día de San Pedro ha terminado y se aproxima una tempestad.

La niña se asustó ante esta noticia y se dejó llevar por sus amigos hacia el lugar donde estaba el catre de bronce. Quiso despedirse de su amigo el sapo pero éste había desaparecido.

El catre comenzó a deslizarse lentamente y los salmones nadando alrededor de él lo guiaban en su ascendente trayectoria.

A medida que subían, las aguas estaban más agitadas. Salieron a la superficie y la niña pudo constatar con horror que se había desencadenado una tempestad. Llovía fuertemente. El viento silbaba y encrespaba las enormes olas. Los truenos retumbaban en el espacio y los relámpagos iluminaban la superficie del mar.

Los salmones habían vuelto a la profundidad de las aguas y las olas



golpeaban con fuerza al catre haciéndolo avanzar hacia la playa como a una pesada balsa.

-¡Mamaaaá! -¡Papaaaá! -gritó la niña.

Pero la casa de sus padres estaba muy lejos, allá arriba en la colina.

Fortunata, aterrorizada, se afirmó a los barrotes del catre de bronce y al ver que una inmensa ola avanzaba para envolverla, dio un grito y perdió el conocimiento.

Cuando despertó, estaba en su cama, en su catre de bronce, pero no en el mar sino en su dormitorio. La ventana estaba abierta de par en par y la tempestad había pasado, porque en el cielo azul oscuro y tranquilo titilaban silenciosas las estrellas.

Qué extraño sueño he tenido -se dijo Fortunata. Tan hermoso al principio y tan terrible al final.

Pasaron los días y los años y la niña no pudo olvidar esta rara aventura.

Fortunata y el Príncipe de los sapos

Recordaba todo el tiempo vivido en esa noche de San Pedro hasta los más pequeños detalles.

Era primavera y el día estaba hermoso. Decidió ir esa mañana a la playa a bañarse y a tostarse la piel al Sol. Se había puesto su traje de baño nuevo que le habían regalado para su cumpleaños y se sentía muy feliz.

Mientras observaba el horizonte le vino a la memoria su aventura con el príncipe de los sapos. ¿Qué sería de él? Recordaba sus ojos saltones, sus largas patas que terminaban en enormes pies planos como aletas.

Así estaba soñando despierta, cuando del mar, frente a ella, emergió una cabeza negra y luego unos hombros. ¡Era el príncipe de los sapos que salía de la profundidad del mar y venía a saludarla!

El enorme sapo salió caminando hasta la playa y de pronto se detuvo, se sacó las aletas de los pies y las tiró a la arena.

Se desprendió una máscara de su cara y se sacó un tubo de la espalda.



Fortunata y el Príncipe de los sapos

Eran los mismos ojos pero su rostro era el de un ser humano.

¡Hola! -Veo que te he causado susto -dijo el sapo.

Fortunata no estaba asustada sino asombrada y feliz al ver que su príncipe había salido del mar a buscarla.

-¡Eh! -No me mires así con la boca abierta -le dijo el sapo.

Te he estado observando bastante rato desde allá, debajo del agua.

Esta noche hay una fiesta en la Escuela Naval ¿Te gustaría ir conmigo?

-¡Claro que sí! -dijo riendo la niña.

-Muy bien, esta tarde te pasaré a buscar.

Efectivamente, esa tarde el príncipe de los sapos, llamó a la puerta de la casa de Fortunata. Lucía muy bien, pero no con la negra y resbalosa piel de los sapos sino con el vistoso uniforme de un cadete de la Escuela Naval.

El Sol rojo se escondía en el horizonte. Ambos jóvenes se tomaron de la mano y bajaron alegremente por el sendero de la verde colina.

Fin

Fortunata and the Frog Prince

by Fernando Olavarría Gabler

Fortunata and the Frog Prince

Fortunata was a little lass who lived with her parents and brothers and sisters in a house near the sea.

As she was thirteen years old and the eldest daughter, her mother was always requesting her to help with the household chores.

The young lass was happy to help out with the chores, however, at the same time, she was coming of age and developing into a young woman. As her figure stretched and grew, she wondered just when this process would end.

This sudden spurt of growth left her without energy or any desire to study or even play. Her romantic thoughts flew far, far away - above the clouds and mountains to fantastic worlds where there were queens, palaces and princesses. As Fortunata was the prettiest princess of them all, the most handsome prince that could ever be imagined fell at her feet in admiration.

Fortunata! Come and play with us –called out her brothers and sisters. However, the young lass had no desire to run nor join in their games.

Fortunata! Accompany me downtown to buy a few things –invited her mother, but the young lass felt so tired that she made up all sorts of excuses so as not to have to go: “I’m behind on my homework”, she’d say, then take a walk on the beach, all the while dreaming about her imaginary handsome prince.

Fortunata slept in an attic that had been especially arranged for her. Its walls were papered in soft colors and the windows were adorned with flowery, transparent curtains. She adored sleeping in the antique, bronze bed, which her parents had discovered in the attic when they bought the house. The thought that her Great-grandparents had slept in a similar bed, made her feel all the more romantic.

Once the bronze bed was cleaned up and assembled, and its missing knobs were replaced, its beauty was highlighted by the attic’s feminine *décor*. And one summer’s evening, that is just how we find our romantic Fortunata; lying on an antique, bronze bed covered with silk, with the windows of her bedroom wide open, listening to the soft murmur of the waves.

The dark sky was emblazoned with stars and the faint light of the firmament enhanced the beauty of her eyes and flowing hair.

Down below, the voices of her parents and several dinner guests could be heard. They spoke loudly about business and politics. Bothered by the conversation, Fortunata thought it would be much better to find a quiet place where her thoughts could roam endlessly, without being interrupted by such unrefined issues.

But, where should I go? –the lass inquired.

Wouldn’t it be beautiful to lie on a sandy beach and converse with the stars about stories of love? She’d tell them that she was in love with a prince; confessing, between sighs, that she had not yet met him; contemplate the

horizon; fall asleep in his arms, listening to his tender words, while being rocked to sleep by the murmur of the waves.

“What a fantastic feeling”, she thought – “the tide would pass underneath me, while I’m lying here comfortably, observing everything that’s going on around me”.

She was in this fantasy world, when she suddenly realized that she was really on the beach and the waves were actually passing beneath her, as she lay on her bronze bed. She wasn’t sure whether or not she was dreaming or awake until she observed herself rubbing her index finger over her lips - as this was something she did frequently when she was thinking about something.

As the sun slowly slid beneath the horizon, the waves became alarmingly stronger. Becoming fearful, the young lass decided to get down off her bed and run towards her house, when, quite suddenly a great number of silver flashes caught her attention. She was quite surprised when she realized that they were huge fish that were swimming and jumping with great difficulty in the shallow water.

They were beautiful, silver salmon that shone and flickered in the moonlight.

“Fortunata, Fortunata”, they cried, “we’ve come to invite you to the ball that’s to be given by the King of the coralline fishes.”

“Are you referring to Neptune’s ball?”, she inquired naively.

“No, absolutely not”, they remarked. Humans just invented that. The ball we’re referring to is very elegant and colorful. All the genies of the sea will be present, including the King of the Frogs!

Hearing these last words, Fortunata became enthused and asked her salmon friends how she might possibly attend this party.

“Don’t you worry”, replied the fish. “You won’t even need to raise a finger. When the tide rises, we’ll happily push your bronze bed out to sea, as if it were a boat, and take you to the King of the coralline fishes.”

“Dear me, won’t I drown?”, she inquired somewhat afraid.

“No, no my dear child, you’ve nothing to fear”, responded the salmon. “Today is San Pedro’s day. On this day, every hundred years, human beings are able to submerge to the depths of the marine world without drowning. Just trust us and nothing will happen to you.”

Feeling more at ease by their words, Fortunata allowed herself be guided by her friends, the salmon, as the bronze bed slid softly over the waves and out to sea.

Quite frightened by what was going on around her, Fortunata hid under the sheets, expecting to die at any moment. As nothing happened and she felt suffocated for lack of air, she slowly pulled the sheets aside and observed her surroundings. Much to her surprise, she realized she was navigating beneath the

Fortunata and the Frog Prince

water. Her bronze *boat-of-a-bed* was silently being accompanied by a school of silver salmon.

The submarine seascape was splendid! She was surrounded by gigantic algae, dark rockeries, strange crustacean and colorful fish of all shapes and sizes.

Many hours later, after having passed through deep sea trenches and forests of waving kelp, they made their way through a complicated labyrinth. At its end, in a valley of white sand, lie a majestic palace that no mortal had ever seen or dreamed of.

The palace walls were made of pink coral and the pointy rooves of its numerous towers were covered with mother-of-pearl. The ivory shingles were incrustated with pearls, agates and aquamarine, which reflected the soft, green light that filtered down from above.

This spectacle was so fascinating that Fortunata couldn't help but cry out in amazement. She was surprised that she was able to hear herself cry under the water.

The bronze bed descended slowly and gently landed on the white sand. The playful salmon swam in circles around her bed and invited Fortunata to climb down and approach the main door of the palace.

As the young lass walked barefoot on the white sand toward the palace, the salmon began to disappear. They were replaced by other colorful fish that approached Fortunata in a friendly manner and invited her to enter the palace.

The palace windows were open. From the interior of its coral construction shone a brilliant light, which gave it the appearance of an underwater lighthouse. A soft melody could be heard that sounded like an ancient dance.

Hypnotized by the magnificence of the towering walls, the young lass was unaware of the two rows of gigantic lobsters that raised their antenna saluting her.

Enraptured, the young lass walked beneath a tunnel formed by their antenna, which led to a grand room. At the end of this room was an enormous throne, upon which was seated none other than the King of the coralline fishes. The court that surrounded the King was spectacular. It was made up of the most colorful fish she'd ever seen. There were strange species of all shapes and sizes, some of which had never before been seen by man. Some were playful and happy, while others looked like terrifying, poisonous monsters of the deep. Nevertheless, they all swam together harmoniously. The color of their scales and fins changed with the slightest stimulus.

These must be the guardians of the palace of King of the coralline fishes, thought Fortunata. She was quite proud that she had learned the word

coralline – although she was still uncertain if it referred to all the fish that made their home in the coral reef, or, only those fish that sang in the choir.

Fortunata and the Frog Prince

that his quizzical, blue eyes were not protruding as much as usual and, it seemed as though he was speaking quite seriously.

Fortunata had no idea what to say. She considered herself much too young and was certain that her parents would never allow her to marry a black frog that lived under the water. Not wishing to offend her nice companion, she replied that, perhaps she might marry him when she was turned twenty.

As this conversation was making her feel anxious and uncomfortable, she decided to change the subject by inquiring if he was an enchanted prince that had been transformed into a frog,

“No, nothing like that”, responded the frog. “You’re sure to have realized that I’m neither a green frog nor a yellow frog.”

“I turned into a black frog due to the fact that I enjoy swimming so much. Little by little, my skin started getting darker, webs began growing between my toes and I was gradually able to remain longer under water. There came a day when I no longer enjoyed the sunlight, nor the singing of the birds and barking of the dogs. I much preferred the beauty and silence of the submarine world.

I found that fish were much more beautiful and elegant than chickens. And to tell you the truth, I could no longer put up with the loud noises and hub-hub from the streets.

No doubt that you’ll agree that the peace and quiet that you’re experiencing here is wonderful. However, we should be getting back before your friends start wondering where you are. It’s already dawn and the party must be about to end.”

As they approached the palace, the light from above became more intense. Silence now reigned, as the musicians had already put away their instruments.

Some fish slept motionless in the sand; others yawned, contorting their mouths into comical expressions.

The oysters and scallops had hermetically closed up their shells and, the hermit crabs, shrimp and other crustacean had taken refuge in the nooks and crannies of the rocks.

The King lay awake on his throne. His scales, now shimmering in the light, were the lightest shade of violet.

“Fortunata, where have you been?”, exclaimed the salmon. “It’s late and we need to leave soon. It’s no longer Saint Peter’s day and a storm is brewing.”

The young lass was frightened after hearing this news. As her frog friend had disappeared, Fortunata allowed her friends to lead her back to her bronze bed.

Once she had climbed back onto the bed, it began to slide slowly. The

salmon swam around it and guided its upward ascent.

The water became more turbulent as they made their way up from the depths of the sea. Upon surfacing, the young lass was terrified to see that a great storm had blown in. It was raining heavily. The wind whistled and caused huge waves to curl and break. Thunder rumbled and great bolts of lightning lit the surface of the sea.

The salmon returned to the ocean depths while the waves beat fiercely against the bronze bed - causing it to move towards the beach, much like a heavy raft.

“Mamaaa! – Papaaa!”, cried out the young lass. But her parent’s house was high up on a hill, much too far away for them to hear her.

Fortunata clung to the bars of her bronze bed. She watched, terrified, as an immense wave advanced toward her. Fearing that it would surely overtake her, she screamed and then lost consciousness.

When she awoke, she was still on her bronze bed, although no longer at sea. Her bedroom window was wide open. The storm had passed. The dark indigo sky was tranquil once again and twinkled with stars.

“What a strange dream I had”, Fortunata said to herself. “It had such a beautiful beginning but such a terrible ending.”

With the passing of time, the young lass never forgot this extraordinary adventure. She remembered every detail of the evening she’d spent in San Pedro.

One beautiful Spring day, Fortunata decided to go down to the beach to lay in the sun and then take a swim in the sea.

She felt happy wearing the new bathing suit that she’d received for her birthday.

As she contemplated the horizon, she found herself remembering the adventure she’d had with the frog prince. I wonder what ever became of him. She remembered his bulging eyes, his long legs and enormous, flat, webbed feet. Fortunata was looking out on the sea, daydreaming about just that, when a black head suddenly emerged from the water. The shoulders appeared next.

It was none other than the frog prince, who had come up from the depths of the sea to greet her!

The huge frog walked up to the beach. He suddenly stopped; took off the fins from his feet and threw them on the sand.

He removed a mask from his face and a cylinder tube from his back. His eyes were identical; however, his face was that of a human.

“Hello! – I see that I’ve frightened you”, said the frog.

Fortunata was more amazed than frightened. She was immensely happy that her prince had come out of the sea to find her.

Fortunata and the Frog Prince

“Hey! Don’t look at me with your mouth open like that”, remarked the frog. “I’ve been observing you from under the water for quite a long time. Tonight there’s going to be a party at the Naval School. Would you like to accompany me?”

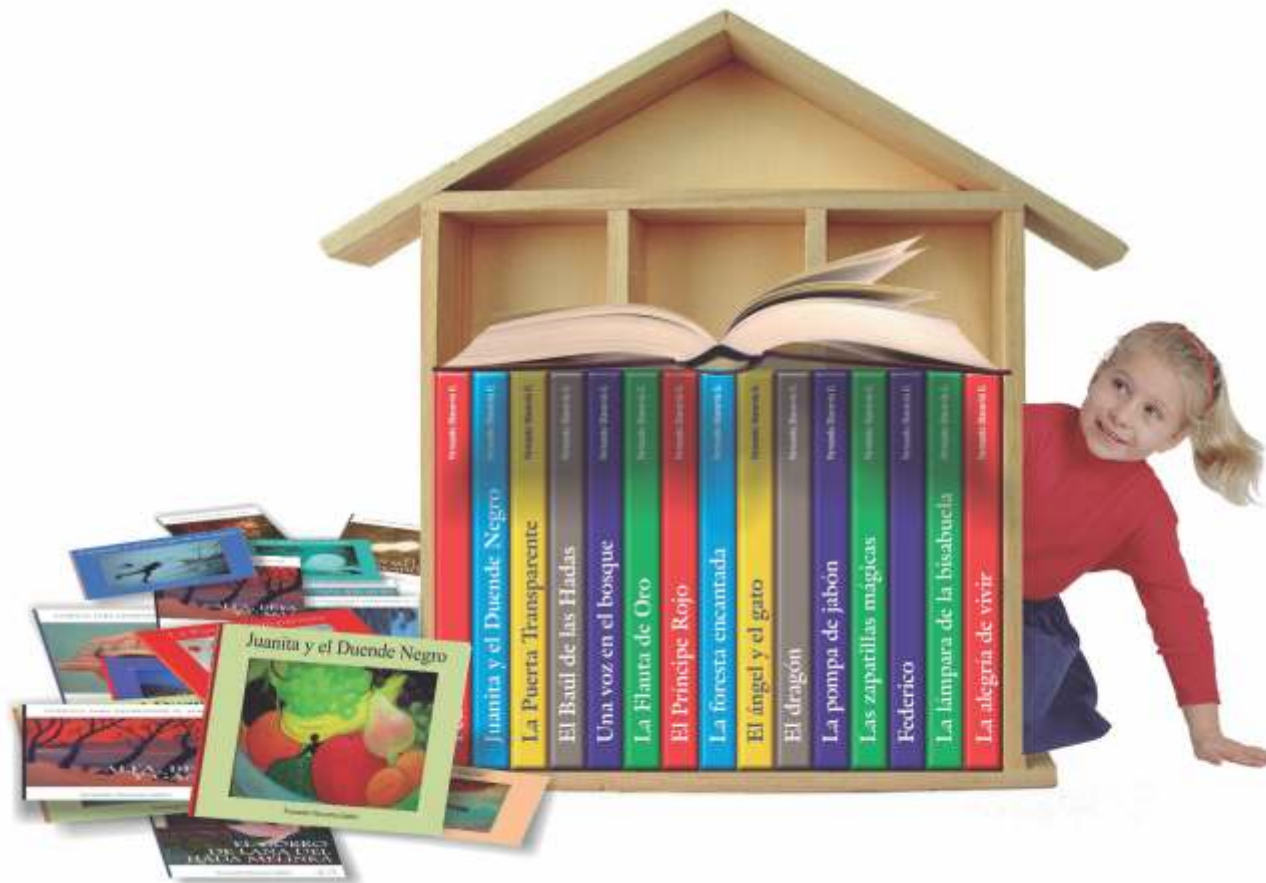
“Of course I would!” giggled the young lass.

“Very well then, this evening I shall stop by for you.”

Indeed, that evening the prince of frogs knocked on Fortunata’s front door. He looked very handsome, as he no longer had black, slippery frog skin. Instead, he was sporting a very attractive Cadette’s uniform from the Naval School.

As the red sun slipped beneath the horizon, the young couple joined hands and skipped merrily down the green hillside.

The End



Puedes leer más cuentos de esta colección
entrando a www.cuentosdefederico.com

“Fortunata y el Príncipe de los Sapos”, de la colección de cuentos “Las asombrosas aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos”

La literatura infantil se ha visto enriquecida con la aparición de esta colección de cuentos para niños. Al leerlos, no sólo nos ha llamado la atención el estilo sencillo, directo, sobrio y culto, que enriquece el vocabulario del joven lector, sino también, la belleza de las imágenes y lo apasionante del relato, que hace que el lector se interese y aun, que se identifique con las correrías del protagonista, hasta el punto de vivir como propia la aventura allí narrada.

Una gran diferencia con las grandes obras de la literatura infantil, pero que por eso mismo sitúa a ésta entre aquellas, reside en la finalidad que ha tenido el autor de estos cuentos. Son cuentos que están dirigidos a los niños. Su intención es, no sólo distraerlos, sino también, darles a conocer la riqueza de la naturaleza humana, exaltar sus valores positivos y rechazar la fealdad de otras aristas no tan bellas de ella. No existe, en estos cuentos, una tercera intención que deba leerse entre líneas, ni existe en ellos otra finalidad de mayor complejidad, como en el caso de cuentos tan bellos como *Alicia en el País de las Maravillas*. Es, precisamente en ello en lo cual radica su mayor mérito y valor educativo.

Esta doble finalidad se ha logrado con pleno éxito. La lección educativa, que el cuento encierra, es captada por el lector sin mayor dificultad, y así es que, al identificarse con el protagonista, hace suyos dichos valores de lealtad, honradez, valentía y rectitud que en ellos se exaltan.

Hay quizás una enseñanza, que tiene gran importancia, pero que sólo es asimilada inconscientemente por el lector. La imaginación, esa potencia del alma humana, que lo hace viajar por parajes tan bellos y lo hace vibrar de emoción, es una realidad interior, a la cual, cada uno de nosotros, tiene acceso si se descubre aquella puerta misteriosa, que se encuentra detrás de ese mundo agitado que nos rodea, en el silencio de la vida interior de cada persona.

Los cuentos aquí presentados, no sólo constituyen una obra de arte literario. A esto hay que agregar el arte pictórico, con el cual el autor ha querido completar su obra. Su pincel, al igual que la pluma, brinda en las ilustraciones aquí reproducidas, cuadros de verdadero valor artístico.

Estas ilustraciones ayudan al niño en su aventura y lo guían hacia donde el autor quiere llevar sus pasos. Al mismo tiempo, lo hacen enriquecer la representación imaginativa de las escenas del cuento aludida por ella, con una riqueza de forma y color de gran belleza.

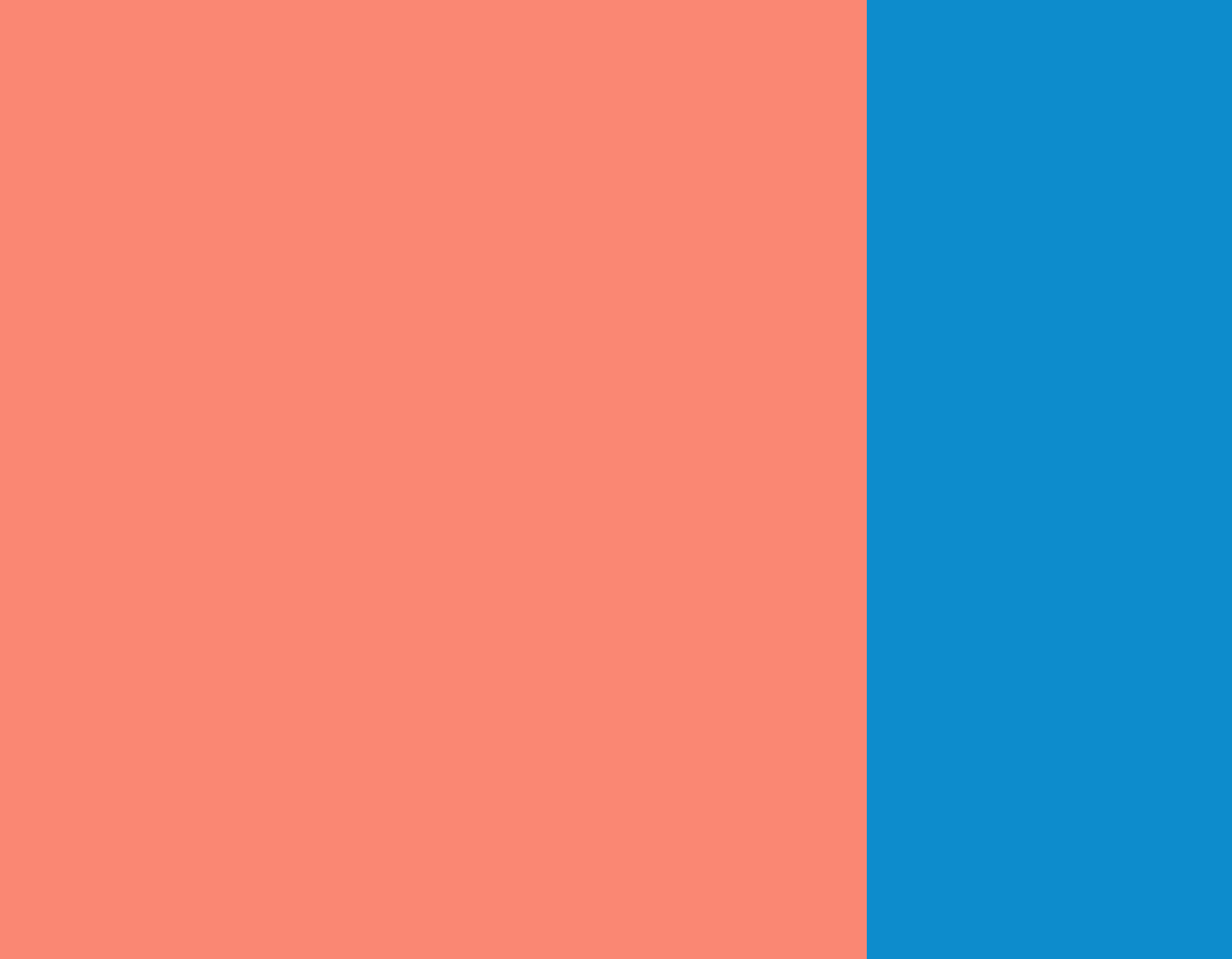
Aquellos que se preocupan por la educación de los niños, no podrán dejar de ver, en estos cuentos, un aporte valioso a la enseñanza artística y literaria de ellos. Imagen y palabra, color y símbolo, se unen armoniosamente para enriquecer interiormente al lector. A través de estos instrumentos, el autor transmite aquellos valores que lleva consigo y que ha logrado estampar magistralmente en esta obra de arte literaria y pictórica.

Hay que sumar a ello la exaltación de valores y normas de vida, que dicen relación con la formación de aquellas cualidades que hace a los grandes hombres de ahora y de siempre y que, hoy más que nunca, nos parece necesario llamar a imitar.

Las virtudes de esta obra que hemos comentado, nos ha llevado a aceptar el honor que se nos ha hecho al pedírsenos escribir estas líneas introductorias a tan bella y valiosa obra, que no sólo recrea, sino que educa recreando y recrea educando.

Pablo Wiegand Garnham

Master of Arts in Comparative Education
Institute of Education, University of London.





1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Pantalones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarinina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Los Saltimbanquis
43. El volantín tricolor y el conejo con hipo
44. Maravilloso
45. Adelina